

## El elector en el sistema democrático argentino

Veamos que pasa en nuestro país con el elector, el simple ciudadano que conforma el 99% de la ciudadanía. El 1% restante lo integran los políticos profesionales.

No es necesario señalar que para el adecuado funcionamiento del sistema unos son tan indispensables como otros. No se puede pensar en electores sin representantes ni en representantes sin electores.

Cuanto mayor equilibrio exista, los representantes serán mas representantes y los representados se consideraran mejor representados.

Podemos señalar en un ciclo político-electoral y desde el punto de vista del elector, futuro representado, tres etapas.

**La primera**, constituida por el conocimiento, análisis y selección de los candidatos y por la preparación del mandato que cuanto más explícito y detallado sea, mejor fortalecerá el binomio elector-representado.

**La segunda** etapa es el comicio propiamente dicho.

Y por último, al día siguiente de éste, nace **la tercera** etapa, que al tiempo se confunde con la primera. En ella, fundamentalmente, el elector fiscalizará los actos de sus representantes y su dedicación y capacidad para el desempeño de la función y fidelidad al mandato conferido. ¿Para qué? Es obvio, para premiarlos o castigarlos si vuelven a postularse.

De este ciclo no podemos prescindir de ningún paso. Cuanto mas intensa sea la intervención del elector, mejor funcionará el sistema, y serán ellos mismos los que salgan a defenderlo ante cualquier intento de quebrarlo.

¿Qué pasa en nuestro país? Sencillamente, que para el elector no candidato, no existe ni la primera ni la tercera etapa. Todo se circunscribe al comicio. De allí lo de la pobrísima inversión que la mayoría hacemos en política: el tiempo que lleva ir hasta la mesa electoral y poner una boleta en la urna y guardar otra en el bolsillo para ver después en casa por quien votamos.

Los ciudadanos del Gran Buenos Aires, por ejemplo, cada dos años eligen 35 diputados nacionales, 3 senadores, 12 concejales municipales y 3 consejeros escolares. Con suplentes, unas 70 personas.

Imaginemos que a la salida del comicio se nos pidiera siete u ocho nombres. ¿Cuántos los podríamos proporcionar?

Se podrá decir que los afiliados a un partido político han participado de una elección interna, pero me pregunto: ¿No es un anticipo de lo que sucederá luego en el comicio?, porque tampoco allí intervienen realmente en la confección de las listas.

En cuanto a la tercera etapa, la situación es por todos conocida: el elector, orgulloso del papel cumplido el día anterior, pierde, de allí en mas, el rastro de su candidato. No sabrá cómo lo representa y, algunas veces, ni dónde.

Los ciudadanos del Gran Buenos Aires deberán fiscalizar 70 diputados nacionales, 8 senadores provinciales y 24 concejales, además, por supuesto de los funcionarios ejecutivos electos en los tres niveles del Estado.

No sabemos, por lo general, donde viven nuestros representantes. Pero, ¿qué interesa esto si hemos elegido como diputados nacionales un vecino de Patagones, otro de Bahía Blanca y uno de cada paraje de nuestra provincia? ¿Quién conoce, en la provincia de Buenos Aires, los límites de su sección electoral? ¿Qué posibilidades tenemos de enterarnos de la labor de nuestros representantes en la legislatura de La Plata? Lo que ocurre es que nuestra intervención ya ha terminado. Dejemos que entre comicio y comicio se ocupe de todo el restante 1%. Los que resultaron electos accederán a los cargos públicos y entre ellos y los que resultaron derrotados nos prepararan las listas para dentro de dos años. Nosotros, el 99%, lo único que tenemos que hacer es conservar la libreta de enrolamiento, cívica o DNI a mano para no pasar sofocones.

Realmente, un sistema ideal. Con un mínimo esfuerzo nos podemos dar el lujo de creer que vivimos en democracia. ¿Pero es realmente así? Desde luego que no.

Eso es lo que no perciben los periodistas extranjeros destinados a seguir nuestros comicios. No ven, en especial el día de las elecciones, alegres y satisfechos de nuestro papel. ¿Y como no va a ser así si se nos hizo sentir importantes desde que comenzó la campaña electoral?

La jornada comicial transcurre pacíficamente y al regresar esos periodistas informaran que en Argentina se vive una auténtica democracia. Pero me pregunto: ¿Opinarían así si supieran la verdad?

Recuerdo una reunión a la que concurrí el día anterior a los comicios del 85. Una esplendida residencia en las Lomas de San Isidro, a la que sus dueños habían invitado un grupo de amigos. Altos ejecutivos de empresas, directores de entidades financieras, profesionales, etc.

Cuando advertí que todos, sin excepción, ignoraban que iban a elegir 35 diputados nacionales, que la provincia tenía una legislatura con dos cámaras, etc., pese a que a las pocas horas concurrirían al cuarto oscuro, dejé de lado mis elucubraciones un tanto alambicadas y sacando una boleta “sabana” del bolsillo pasé a hacer una explicación que me hizo pensar en la enseñanza de los palotes a un grupo de niños.

“¿Y por qué no puedo votar por Manrique?” Usted no lo puede votar porque es candidato a diputado nacional por Capital Federal. “¿Pero no acaba de decirnos que elegimos también diputados nacionales?”. Si, pero diputados nacionales por la provincia... Y así hasta altas horas de la noche. Como tenía varios juegos de boletas termine preparándolas a pedido, efectuando los cortes necesarios.

Nadie demostró ningún rubor, mientras les entregaba las combinaciones que me iban solicitando. De regreso a casa y reflexionando sobre lo sucedido llegué a la conclusión de que muchos de ellos conocían el valor del oro ese día en las plazas europeas, la ubicación de las más preciadas obras de arte en los museos del viejo mundo, el nombre de los directores de las más importantes orquestas y así en muchísimos temas, pero ignoraban el abecé del sistema político.

Tenemos un sistema político montado sobre estas bases: una minoría que ha optado por la carrera política y una mayoría que cómodamente se desentiende del problema y se limita a colocar una boleta con gran cantidad de candidatos en el sobre y este en la urna, creyendo que de esta manera participa y que lo hace en un régimen democrático. Ni participa ni vive en democracia.

Es notable cómo el sistema ha terminado por adecuar las mentalidades. Quien se dedica a la política lo hace porque pretende ser candidato. No concebimos el político no-

candidato. En consecuencia si ese no es su cometido en la vida, nada debe hacer. “Que lo haga -piensa- quien pretende obtener un rédito”.

Me hace mucha gracia cuando al encontrarme con amigos de parecida forma de pensar, sin darse cuenta adoptan frente a mí esa postura: “¿Se están moviendo, no? La pregunta lleva implícita una exigencia: “ustedes se tienen que mover, yo lo haré el día del comicio”.

Unos días antes de las elecciones del 87, un abogado amigo mío con quien me encontré circunstancialmente en la calle, sin ningún reparo, me preguntó: “¿Qué votamos ahora?”.

En concreto, en la República Argentina hemos inventado el sistema perfecto: para los de afuera, vivimos en una democracia igual que los ingleses, franceses, alemanes, estadounidenses, italianos, etc., porque les hacemos ver el “cartón pintado” del comicio; para los de adentro, quien quiera dedicarse a la política lo puede hacer, pero eso sí, tiene que asumir el gasto. Durante el intervalo entre comicio y comicio, pagar el alquiler al comité, la cuenta de luz, gas, telefono, y antes de las elecciones, correr con la confección de boletas, harina para engrudo, carteles, pasacalles, etc. Y todos los demás pensamos: “Y, es su futuro el que está en juego, es natural que haga él la inversión”.

Anselmo Zapata